

FINALISTA ESTATAL



EL REFLEJO DEL MUERTO

Álvaro Hidalgo Robles (Castilla-La Mancha)

El nerviosismo que me había acompañado durante los últimos días, pareció esfumarse con el suspiro final antes de entrar en la sala, como las hojas de aquella tarde de otoño, gris y apagada. Desde el momento en que la puerta se abrió con un inquietante chirrido, me sentí observado por las personas que había en la sala, que disminuían su amplitud considerablemente. Agobiado, levante la cabeza y miré a mi alrededor. La estancia estaba pintada de azul marino, lo que agravaba profundamente la penumbra que inundaba a los presentes, postrados en las sillas, convirtiendo su contorno en un mero borrón negro.

Alguien se levantó y abrió la persiana, provocando una fuerte sinfonía de láminas que golpeaban entre sí. Entonces descubrí quién era el causante de tal ruido, un hombre calvo, bajito y que portaba un ridículo mostacho negro como el carbón que contrastaba fuertemente con el azul cristalino de sus ojos. Por la forma de su traje beige, arrugado y descolocado, no podía haber tardado más de dos minutos en vestirse. La decoración, sin embargo, era perfecta para una notaría, sobria pero elegante.

En una esquina, una bonita estantería de pino estaba repleta de libros, cuyos minúsculos títulos no alcanzaba a ver. Una esfera del planeta Tierra adornaba una mesa central. El hombre calvo se sentó frente a ella. Con un significativo carraspeo anunció que íbamos a comenzar.

Permanecí todo lo atento que pude durante su interminable perorata. Cuando pronunció mi nombre, un brillo iluminó sus ojos, pero nadie pareció

percatarse y pensé que por su mirada se había cruzado un despistado rayo de sol. Con la habitual calma de la que había hecho gala, dijo que mi abuela me había dejado un espejo y que se encontraba en la casa en la que recientemente había perdido la vida.

Cuando dio por terminada la charla salí con aire decidido a la casa de mi abuela. Un nauseabundo olor a basura me inundó. Ésta se agolpaba a ambos lados de la puerta principal. Dudé de que hubiera estado allí cuando entré. No, creo que no estaba... o sí. Sí. Sencillamente mi memoria me había jugado una trampa. Fui acercándome a mi destino sin darme cuenta, cuando de pronto un fuerte estruendo se oyó un poco más lejos y levanté la mirada en el momento exacto de ver a un joven volar por los aires dando volteretas y cayendo desplazado varios metros. Aceleré el paso pero cuando llegué una multitud se había congregado en torno al chico, impidiéndome ver nada. Solamente escuchaba rumores morbosos y, a pesar de que sabía que después me sentiría mal, me marché.

Tardé unos minutos en llegar al bullicioso barrio. La muchedumbre abarrotaba las calles con aire consumista, madres y padres a veces acompañados por niños que se paraban en cada escaparate con una sonrisa pícaro y posteriormente entraban en la tienda. Eran siempre vigilados estrechamente por arrugados ancianos sentados en bancos. Seguramente porque se aproximaba la hora del cierre, un movimiento frenético de personas se había apoderado de la calle, la gente chocaba continuamente conmigo y, sin disculparse, proseguía su camino. Entré en la casa sin fijarme en su decoración, quizá por la cantidad de veces que la había visto o por la atracción de un paquete marrón apoyado sobre la pared del vestíbulo, que no pude dejar de mirar. Recordé que el notario había mencionado que aquél era el espejo y lo desembalé con rapidez. Era francamente bonito, a los lados, las figuras de dos ángeles entrelazaban delicadamente sus manos, uniéndolos en la parte de arriba.

De pronto, mi abuela apareció reflejada en él.

- ¿Cómo puedo verte si estás muerta? – Pregunté temerosamente con una voz fría y distante, todo lo contrario del trato que había tenido siempre con ella.

- Los muertos nos comunicamos entre nosotros – Su voz era suave y aterciopelada, un reflejo de su faz misma.

Entonces comprendí todo y el significado que había tenido ese accidente. Recogí la mano que me tendía y penetré en el espejo.

Un crujido de madera tras el marco de la puerta dejó ver al hombre calvo, que había observado la escena y ahora esbozaba una sonrisa de felicidad.